

mientras los austriacos de todas armas sin aguardar órdenes se precipitaron en inconcebible confusión al llano en dirección de Torgau y del puente del Elba. Al general Lacy no le quedó mas recurso que agregarse á esta retirada involuntaria.

El resultado fué que á última hora quedó la victoria por los prusianos de un modo tan singular é inesperado, que Daun no llegó á explicárselo, y solo supo contestar á las preguntas de la emperatriz profundamente afectada estas palabras clásicas: «Dios se ha empeñado en ello; de otro modo habria sido imposible que este día acabara tan desgraciadamente. Dios es justo.» El rey Federico escribió al marqués de Argens: «Hemos derrotado á los austriacos y perdido mucha gente. Esta victoria nos dará quizás algun reposo durante el invierno y éste será su único fruto.» Así fué en efecto; el fruto inmediato de la victoria consistió en cuarteles de invierno tranquilos, que tomó Federico en la parte Noroeste de la Sajonia, no pudiendo impedir que los austriacos tomaran los suyos como en el invierno anterior, en las cercanías de Dresde.

X.—FIN DE LA GUERRA

Cinco años hacia que duraba esta terrible lucha y todavía no sabia nadie cuándo concluiría. Dos cosas solamente parecían ciertas; la primera que continuando la guerra, ninguno de los beligerantes podía sacar una ventaja notable sobre el otro, tanto que hasta la emperatriz María Teresa perdía ya la esperanza de ver realizado su deseo. Por mar luchó la Inglaterra con buen éxito en América y las Indias Orientales, donde sus armas le conquistaron una preponderancia tan enorme, que la paz general, que desde tanto tiempo anhelaban las otras naciones y finalmente tambien sus gobiernos, habria significado para ella, en lugar de una ventaja, la renuncia á nuevas conquistas, mayores y cada vez mas seguras. La lucha entre el príncipe Fernando por la parte de Federico, y el duque de Broglie por la de los aliados, no tuvo resultado digno de mención. A últimos del año 1760 se estaba sosteniendo el primero en la Westfalia, y el segundo en el Hesse y en una parte de Hanover. La única ventaja que resultó para Federico el Grande de esta parte de la guerra consistió en que los franceses quedaban retenidos en el Occidente; pero para los ingleses resultaba la importantísima ventaja de que durando la guerra quedaba abierta la llaga que paralizaba la fuerza militar de la Francia, que arruinaba su hacienda y le hacia imposible socorrer á sus colonias con la energía necesaria; de modo que Pitt pudo decir dos años despues, en 9 de diciembre de 1762, con muchísima razón en el parlamento: «Las conquistas hechas en América se deben á haber estado ocupado el ejército francés en Alemania. En Alemania es donde hemos conquistado la América» (1). Gracias á esto pudieron completar los ingleses la conquista del Canadá con la toma de Montreal en 8 de setiembre por el general Amherst, y en la India pudo el coronel Coote quitar á los franceses una plaza tras otra y cercar finalmente en el mes de octubre la misma plaza de Pondichery, que despues de una resistencia en extremo heróica tuvo que rendirse en 16 de enero de 1761. En América llegó tarde el auxilio de la Francia, y en la India faltó del todo, y el valeroso conde de Lally no pudo hacer mas que dar un fin glorioso á la obra de Dupleix.

En medio de una cosecha de brillantes laureles como jamás tuvo otra igual ningun rey de Inglaterra, murió Jorge II el 25 de octubre de 1760, de una apoplejía fulminante al

(1) *Anecdotes and speecher of the Earl of Chatham*; tomo I, pág. 359.

acabar de tomar el chocolate, que era su desayuno habitual. Murió anciano, pero todavía en estado de robustez. «Muerte envidiable, escribió Horacio Walpole, morir sin agonía en el apogeo de la gloria de su país y de su gobierno, en medio de la mas completa paz doméstica, á la edad de 77 años, próximo á volverse ciego y sordo, sin haber sufrido alternativas de la fortuna ni haber tenido que hacer una paz desventajosa, y lo que es mas, hasta sin haber recibido las malas noticias que llegaron con un buque dos días despues de su muerte. ¿Qué instante mas feliz podía haber elegido para morir?»

Estaba paseándose á caballo el heredero del trono, príncipe de Gales, con su amigo de confianza lord Bute cerca de Kew, cuando le dieron la noticia del fallecimiento de su padre, y tras el mensajero acudió el secretario de Estado Pitt para rendir homenaje al nuevo rey Jorge III (2) y ponerse á su disposición. Fué recibido, lo mismo que los otros ministros que le siguieron, de la manera mas afable; el rey suplicó á todos que continuaran en sus cargos, y en el discurso, redactado por Bute, que leyó despues en el consejo secreto, manifestó en términos tan precisos su determinación de continuar la guerra de acuerdo con los aliados de la Gran Bretaña hasta obtener una paz honrosa y duradera, que Pitt pudo escribir al príncipe Fernando, en 28 de octubre de 1760: «La muerte inesperada que en tan crítico momento ha arrebatado á la causa comun y á sus pueblos al mas respetado de todos los reyes, seria no solamente un suceso doloroso, sino una desgracia irremediable, si el joven monarca que le sucede en el trono no hubiese manifestado al empuñar el cetro una firmeza y una grandeza de alma que son una garantía para la Europa de que los intereses de los aliados de Inglaterra son caros al nuevo rey y de que la causa comun encontrará siempre en S. M. un apoyo inmutable. Lo que corona todos mis deseos y me hace confiar firmemente en la conservación de la libertad de Europa y en la defensa de la causa protestante, es la gran confianza y admiración que S. M. manifiesta á los ilustres defensores del bien general, á los que en las circunstancias mas difíciles han sostenido la fama de las armas de S. M. á la altura que han adquirido bajo la dirección de la ilustre casa de Brunswick.»

Mientras el joven monarca siguiera los consejos de este ministro nada tenia que temer Federico el Grande; por esto escribió á Mitchell en mayo de 1759: «El Sr. Pitt es hombre de pundonor y de firmeza: en sus manos están bien asegurados mis intereses,» y cuatro días despues de la batalla de Torgau decia al mismo gran ministro: «Pongo mi confianza en V. y en su carácter de verdadero ciudadano romano, del cual ha dado V. tan brillantes pruebas en el curso de su administración; en V. confío sin temor de engañarme.»

Pitt contestó con una carta en la cual despues de felicitar al rey por su victoria del 3 de noviembre, decia: «Me faltan palabras para expresar la satisfacción que me causan la bondad y el aplauso de un monarca cuyo nombre se venera y se celebra solo en union con el rey de Macedonia, que sin embargo tuvo que luchar solo contra un imperio y no contra las fuerzas unidas de dos, como los que se han conjurado contra V. M.»

Mucha mas importancia que estas palabras tuvo el discurso del trono que pronunció el joven rey en 18 de noviembre, y en el cual prometió la continuación enérgica de la guerra, á todas luces justa; á cuyo discurso siguió la renovación de tratados de subsidios con la Prusia, firmados en 12 de diciembre, y la votación unánime del parlamento destinando,

(2) Nieto de Jorge II, é hijo de Federico Luis, príncipe de Gales, que habia muerto en 31 de marzo de 1757.

además de las 670,000 libras esterlinas para la Prusia, la enorme suma de 20 millones de libras para la continuación de la guerra marítima y terrestre; con lo cual pareció consolidada mas firmemente que nunca la union de las dos potencias.

Mientras el cambio de soberano se verificaba en Inglaterra sin cambiar en nada la situación política de Europa, no sucedía lo mismo con otra sucesión real que habia ocurrido ya un año antes y cuyas consecuencias se hacían sentir cada día mas; á saber: la de España, de la cual hasta ahora no nos ha permitido hablar el hilo de nuestra relación.

Fernando VI de España, despues de haber llevado durante algo mas de trece años el título de rey, murió á la edad de 47 años, el 10 de agosto de 1759. Fuera de su súbita salida de la guerra de Italia á raíz de la muerte de su predecesor Felipe V, ocurrida en 9 de julio de 1746, y de su adhesión á la paz de Aquisgran, no habia hecho nada mas durante su reinado, dejando gobernar á sus ministros, á los cuales debió España poder vivir sin ser juguete de aventureros extranjeros, ni de las potencias ni de sus embajadores, como lo habia sido bajo el reinado de Isabel Farnesio. A la cabeza del gobierno interior se hallaba un hombre que habia subido ya en el tiempo del rey Felipe de simple escribiente á ministro y que se habia hecho dar el título de marqués de la Ensenada. Los negocios extranjeros corrían á cargo de don José de Carvajal, y muerto éste en 1754 fué derribado tambien el primero por influencia de Inglaterra y elevado á la cabeza del gobierno un irlandés llamado Ricardo Wall, que hasta entonces habia representado á la corte de Madrid en Londres. No cambió por esto la política del gabinete español, porque resistió como antes á las excitaciones de Francia y de Inglaterra á pesar de ofrecerle la primera la isla de Menorca y la segunda á Gibraltar si tomaba parte en la guerra, pareciendo que habia renunciado completamente á toda ambición hasta á la mas legítima, y que no tenia mas política que la de neutralidad. El rey solo vivía para su esposa Bárbara, princesa de Portugal, siendo el mayor recreo de ambos la música, cuya satisfacción les procuraba el cantor Farinelli, ya personalmente, ya con la ópera que dirigía.

Habiendo muerto la reina Bárbara en el mes de agosto de 1758, se apoderó del rey una melancolía que el mismo Farinelli no pudo distraer, y que finalmente acabó en verdadera locura.

Bajo el gobierno del nuevo rey Carlos III, hasta entonces rey de las Dos Sicilias, y de cuya persona y capacidad gubernativa hablaremos mas adelante, cambió la política española. El duque de Choiseul logró derrotar completamente la influencia inglesa en la corte de Madrid (1). Apenas hubo desembarcado en Barcelona el rey Carlos III en 17 de octubre de 1759, cuando bajo la impresión de la noticia de la caída de Quebec, cediendo á las instancias del embajador francés Ossun, consintió en encargarse de la mediación de paz á favor de la Francia, y en prepararse al mismo tiempo con todas sus fuerzas para una guerra marítima. Dejó los negocios extranjeros al general Wall; pero encargó la hacienda y la marina al marqués genovés Squilace que habia llevado consigo desde Nápoles y que empezó inmediatamente á armar y reforzar la escuadra con los 24 millones que encontró en el tesoro. Al ministro Pitt mandó el rey escribir una carta diciéndole que no podía mirar con indiferencia la manera cómo destruía la Inglaterra con sus conquistas en América el equilibrio de las potencias establecido por la paz de Utrecht; por cuya razón deseaba mediar en favor de una

(1) Esto prueba que Fernando VI no fué tan ajeno á los negocios públicos como parece desprenderse de lo que dice el autor. (N. del T.)

paz marítima, para lo cual contaba con la moderación y generosidad de la Inglaterra. Pitt le contestó en 13 de diciembre que Inglaterra no habia atacado hasta entonces ni la Luisiana ni Santo Domingo por consideración á España y que no separaría nunca la paz marítima de la terrestre. Con esto quedó decidida la alianza de España con la Francia.

En mayo de 1760 fué llamado otra vez el marqués de la Ensenada que habia sido destituido y desterrado á Granada á instigación del embajador inglés Keene.

Antes de esto ya se habian armado y puesto á punto de hacerse á la mar 36 buques de guerra. El embajador español en el Haya, marqués de Grimaldi, fué llamado á Madrid, donde tuvo conferencias secretas con el rey sobre una política activa contra Inglaterra, á consecuencia de las cuales fué enviado á Londres un nuevo embajador, el conde de Fuentes, quien aseguró al gobierno inglés que los armamentos españoles no estaban de modo alguno en contradicción con la neutralidad rigurosa que su gobierno habia observado hasta entonces y que pensaba observar en adelante. Acto continuo presentó una serie de quejas contra buques de guerra ingleses, contra corsarios y contra los tribunales de presas inglesas, pidiendo inmediato remedio. Apenas habia contestado Pitt, cuando Fuentes presentó, en 9 de setiembre de 1760, dos memorias, en una de las cuales reclamaba el gobierno español el derecho de pesca cerca de Terranova para sus súbditos, y en la otra negaba á los ingleses la autorización de establecer factorías en la América central española, á saber, en Honduras y en el Yucatan, y el de adquirir palos tintóreos, pidiendo que el rey de Inglaterra evacuara inmediatamente las tales factorías, que llamara á sus súbditos y amenazara con la pérdida de su nacionalidad á todos los que en adelante fueren cogidos cortando árboles tintóreos. Ambos documentos estaban escritos en un estilo extraordinariamente acre, y uno contenía hasta la añadidura de que se habia dado copia de su contenido al gobierno francés.

A esta observación contestó Pitt el 16 de setiembre con una nota verbal muy enérgica, en la cual expresó al conde de Fuentes la sorpresa y el disgusto del rey por semejante y extraordinaria confidencia hecha á una corte que con él estaba en guerra abierta, que absolutamente ningun derecho tenia para entender en estas cosas y cuya voz carecía de toda autoridad y fuerza para dar mas peso á las pretensiones de Su Majestad Católica. Sobre el fondo mismo de las memorias encargó á su embajador en Madrid lord Bristol que se entendiera directamente con el gobierno español, el cual no obtuvo ninguna satisfacción. No habiendo podido entenderse, y sin esperanza de lograrlo, llamó Carlos III á su embajador Grimaldi, acreditado en el Haya, en febrero de 1761, y lo envió en la misma calidad á Paris; donde, como hombre que poseía toda la confianza de su soberano, fué iniciado por el duque de Choiseul en las negociaciones que el gobierno francés estaba llevando por una parte con Austria y Rusia y por otra con Inglaterra para organizar un congreso de paz. Grimaldi no tardó en descubrir que difícilmente llegaría á hacerse la paz proyectada, y aunque llegase á realizarse estaria muy lejos de ser favorable á las pretensiones de España. En su consecuencia, decidióse á trabajar con todas sus fuerzas en favor de una alianza hispano-francesa y contra una paz prematura. Su correspondencia con el conde de Fuentes, embajador en Londres, nos revela los medios de que se valió y las intenciones que le guiaron en este asunto; y con decir que se descubrió esta correspondencia entre los papeles que dejó Pitt al morir, queda dicho que este hombre de Estado no mintió al asegurar que tenia conocimiento de los secretos de la política española.

En esta correspondencia vemos que Grimaldi comunicó á